

EL PORVENIR DEL OBRERO

Postal anarquista

IV

Según el programa que me he trazado, tócame hablar del miedo ó del respeto que á los gobernantes pueda inspirar el anarquismo, y esto, cuando tan reciente está el susto que ha pasado la burguesía triunfante y gobernante en Francia al acercarse el primero de mayo, facilita mi tarea.

En París el espectáculo de la dictadura de Lépine, especie de Tressols refinado; la paralización de los negocios, y el trasiego de capitales á los Bancos extranjeros más acreditados, ha probado que á la burguesía no le llegaba la camisa al cuerpo, temiendo... ¿qué? ¿la demanda sindical de las ocho horas?... Si el programa de las reivindicaciones proletarias no pasara de condicionar el jornal, tan favorable como pueda suponerse para el trabajador, pero dejando en todo su vigor lo que el Código civil llama *derecho de accesión*, poco asustaría el caso á los holgazanes que tienen la sartén por el mango, de quienes ese mismo Código, con injustificación ridícula, presume que son hechas todas las obras, siembras y plantaciones.

Pero no es así: los gobernantes saben que las multitudes, agitadas en sentido más ó menos revolucionario, son masas, y las masas, por lo que tienen de individuos agrupados bajo un símbolo ó una fórmula colectiva, sumisión á una jefatura, fácil de trampa, presentan una fase; pero como existe otra, que es su consiguiente y definitiva, la disgregación individual consciente y rebelde, los privilegiados mandarines temen, desconfían de imponerse y dominar al socialismo societario y aun al parlamentario, por más artimañas y componendas que usen para la domesticación de los jefes, y tras esos socialistas que se agitan gruñendo contra el jornal ven, no pueden menos de ver, á los anarquistas, que truenan contra la accesión y la señalan como única base del privilegio, como obstáculo único opuesto al progreso. (Para conocimiento de la *accesión*, véase mi *Via Libre* y *El Patrimonio Universal*.)

Y eso no puede menos de inspirar cuidado á los que mandan, porque fundada la autoridad sobre principios falsos, instituciones injustas y convencionalismos irracionales, se sostiene únicamente en tanto que las gentes acatan, respetan y aceptan todo eso; y mientras contra ello haya un anarquismo (conjunto de individuos ó *individuo solo*) que proyecte la luz del criterio anarquista, la autoridad y el privilegio que lleva á cuevas corren serio peligro. Conocida es la famosa parábola: al pie de una montaña había una estatua colosal, compuesta de ricos me-

tales y piedras preciosas que tenía los pies de barro; un día se desprendió una piedra de la altura inmediata, y, rodando, rodando, fué á dar á los pies de la estatua; ésta, no pudiendo resistir la violencia del golpe, recibido en parte tan frágil, vino al suelo con estrépito. Pues este es el caso de la autoridad y del anarquismo: la una fuerte en apariencia y débil de hecho; el otro débil pero fortalecido por la ley ineludible de la gravedad ó de la lógica, que es lo mismo.

Para mí, en esto del anarquismo, el toque está, no en que muchos ó pocos ostenten el título de anarquista á la manera doctoral, sino en que se ilumine esa masa que todavía no ha visto la verdad. Lo que falta es que el anarquista de veras vaya á ella con el cerebro rebosante de actividad y de sinceridad; y como anarquistas de esos los hay, yo lo garantizo, de ahí que los gobiernos nos teman, aunque no nos respeten, que es lo que por hoy nos proponíamos demostrar.

ANSELMO LORENZO

Revolucionarismo

El revolucionarismo no consiste, como parece creen algunos, y propaga la preocupación búrguesa, en arrugar el ceño, lanzar miradas iracundas, rechinar los dientes, apretar los puños y soltar frases gordas mezcladas con interjecciones más ó menos groseras.

No hay duda que hay revolucionarios, y de los buenos, que son así, como indiferentes que también usan esas exterioridades por cosas insulsas y sin importancia alguna; pero todo ello es sencillamente cuestión de temperamento ó de educación en que las ideas nada tienen que ver. Hasta ocurre no pocas veces que los que exhalan de modo tan visible su exuberancia en tiempo de calma, dando rienda suelta á sus nervios, aflojan en el preciso momento en que las energías tienen oportuna y precisa aplicación.

Si bastase gritar fuerte para obtener diploma de revolucionarismo, Kropotkine, Reclus, Domela Nieuwenhuys y Salvochea tendrían mala nota, en tanto que corren por ahí unos sobresalientes!...

Bien considerado el asunto, y bien hay que considerarle, sobre todo por parte del trabajador revolucionario, á quien urge ir por caminos positivamente ciertos y no por ilusorios y falsos atajos, el revolucionarismo consiste en la fijeza de las ideas, en la lógica de los juicios, en la audacia de las concepciones; porque con ese material se refunden las sociedades y no con palabras rabiosas, reflejo de la impotencia, de la incapacidad, cuando no del fingimiento.

Por lo mismo, la revolución no se limita á la construcción de barricadas, ni al empleo de los revólvers, de los fusiles, de los cañones, de las bombas que estallan en calles y plazas cubiertas de cadáveres, del incendio destructor y terrorífico; eso es el accidente, el accesorio, ó si se quiere, la decoración, el aspecto teatral de la revolución, no la revolución misma, que antes de triunfar por esos medios contra la injusticia

legalizada ha de haber triunfado en la inteligencia de aquellas minorías pensantes y altruistas que empujan el mundo, aplastando obstáculos, por la vía buena y verdadera.

Si bien, como hemos admitido, hay buenos revolucionarios de aspecto tranquilo y otros exaltados, lo que distingue al revolucionario del energúmeno es la concepción de un nuevo ideal.

La revolución consiste en la implantación de todo un mundo de hechos y de ideas en sustitución de otro agotado y muerto; en la realización de las teorías y de las soluciones suscitadas y halladas durante un período anterior.

La revolución moral se hace en los cerebros; la revolución social se opera en los hechos: es destructora, pero, destruyendo, edifica. Por eso, la fuerza, «la comadrona de las sociedades,» según la frase de Karl Marx, es su auxiliar indispensable. La nivelación igualitaria, el desarraigo de los privilegios y la desposesión de la propiedad social, usurpada y detentada por los propietarios; sólo puede obtenerse por la fuerza.

Aceptado que el teórico no debe desdeñar, y rara vez se hallará justificada esta indicación, al rudo práctico, al abnegado que se ofrece al sacrificio, á las persecuciones, al odio de los polizontes, al martirio de los sátrapas, á la puntería de los maucos, y á las verdas á demoler Bastillas; tampoco este heroico luchador debe, y su misma generosidad le impide pensar en ello, censurar al ideólogo.

Quedamos, pues, en que la arrogancia del energúmeno puede ser la manifestación de un temperamento, un método sugestivo de proselitismo y hasta una afectación, una postura académica; jamás una condición esencial de revolucionarismo.

El revolucionarismo perfecto, el ideal, sería aquel hombre que, hombre de pensamiento y de acción á la vez, en posesión del más alto grado de ambas energías, ni se rindiese ante la fatiga del estudio, ni retrocediera ante las tempestades de la lucha.

CARLOS MALATO

La muerte de los dioses

Juliano llevaba al salir el sol del día siguiente la ofrenda de gratitud al dios de la guerra Ares, ofrenda compuesta de diez toros blancos, tan hermosos que recordaban las esculturas antiguas de los bajo-relieves griegos.

Todo el ejército estaba de fiesta. Sólo los augures etruscos, como siempre, conservaban una terca y malévolas desconfianza. A cada nueva victoria de Juliano mostrábase más y más sombríos, mudos y enigmáticos.

Trajeron el primer toro, coronado de laureles ante el humeante altar. Marchaba lentamente, pasivo, y de repente tropezó, se arródló con una extraña manera de mujer parecida á un gemido humano, que hizo estremecer á todo el mundo. El animal metió su hocico en el polvo, y antes de que la segur del victimario tocara á su testuz, moría pataleando.

Se condujo un segundo toro que se desplomó muerto del mismo modo. Después un tercero y un cuarto. Todos se acercaban

al altar, débiles, espirantes, manteniéndose apenas cual si estuviesen acometidos de una enfermedad mortal.

Un murmullo de horror corrió de una punta á otra del ejército. Era aquel un terrible presagio.

Algunos aseguraban que los sacrificadores etruscos habían envenenado á los toros para vengarse del desprecio del emperador para su ciencia.

Nueve toros cayeron así. El décimo, rompiendo las cuerdas se escapó bramando y atravesó el campamento sin que se le pudiese atrapar.

El sacrificio fracasaba. Los augures sonreían perversamente.

Cuando se trató de hacer la disección á los toros muertos, Juliano, con mirada experimentada de adivino, vió en sus entrañas presagios aterradores. Se volvió de lado, su faz se puso lívida, quiso sonreír y no pudo. De pronto, se acercó al altar y con todas sus fuerzas le dió un puntapié. El altar vaciló, pero no cayó. La multitud armada suspiró profundamente. El prefecto Salustio se precipitó al encuentro del emperador murmurando:

—Los soldados miran... Más vale interrumpir el sacrificio.

Juliano lo apartó, dando un puntapié más fuerte al altar, que se desplomó. Los carbones se esparcieron, el fuego se apagó, pero la humareda olorosa subió más espesa.

—¡Desgracia!... ¡Desgracia para todos nosotros! ¡Se profana el altar!— gimió una voz.

—¡Te digo que está loco!— susurró Hormizda, apretando la mano de Degalaif. — ¡Míralo!... ¿Cómo no lo ven los demás?

Los augures etruscos manteníanse inmóviles, imperturbables, severos é indiferentes.

Juliano levantó los brazos al cielo. Sus ojos brillaron. Gritó:

—¡Lo juro por la dicha eterna concentrada en mi corazón, os reniego como vosotros me habéis renegado! ¡Os abandono como me habéis abandonado, divinos impotentes!

¡Solo estoy contra vosotros, fantasmas olímpicos! ¡Soy parecido á vosotros, pero no vuestro igual, porque soy un hombre y vosotros únicamente dioses... Desde hace tiempo ya que me mi alma aspiraba á esta libertad y he aquí que ahora rompo nuestra alianza. Me río de mi terror supersticioso, de vuestras profecías infantiles. ¡Vivía yo como un esclavo y habría muerto del mismo modo!...

¡Pero he despertado, he comprendido que era más fuerte que los dioses, porque condenado á muerte, he vencido á la muerte!

¡No hay que tener ni tristeza, ni miedo, ni víctimas, ni oraciones! ¡Todo ha concluido!

¡De hoy en adelante, en mi vida, no habrá una sola sombra, ni un solo estremecimiento, nada! Habrá la eterna risa olímpica que os tomo, ¡oh, muertos! Habrá el fuego sagrado que os robo, ¡oh, inmortales! ¡Mi vida será como el azul sin nubes, en el cual vivíais antes y en el cual morís ahora, para ceder el sitio á los hombres dioses!... ¡Máximo! ¡Máximo! ¡Tú tenías razón, tu espíritu se cierce sobre mí y me ilumina!

Un augur de noventa años se acercó al emperador, y poniendo una mano sobre su espalda.

—¡Más bajo, hijo mío, más bajo! Si has comprendido el misterio regocíjate en silencio. No tientes á la multitud, al vulgo. Los que te escuchan no pueden entenderte.

El murmullo de indignación aumentaba.

—¡Delira!— dijo Hormizda á Dagalaif. — Es preciso llevarle á su tienda ¡ó esto acabará mal!

Oribazy, á la manera de un médico que cuida á su enfermo, tomó de la mano á Juliano y comenzó á persuadirle dulcemente.

—Es necesario que descanses, ¡muy amado Augusto! ¡Hace ya dos noches que no duermes! Hay peligrosas fiebres en este país. Ven conmigo á la tienda. El sol te es nocivo... ¡La enfermedad puede agravarse!

El emperador le miró distraídamente.

—Espera, Oribazy, me he olvidado de

algo... ¡Sí! ¡sí!... ¡Es lo principal! Escucha, no digas nunca: «Ya no hay dioses», sino mejor: «¡Aun no hay dioses!» No existen, pero existirán, no en las fábulas, sino sobre la tierra. Todos nosotros seremos dioses; únicamente que hace falta para esto una gran audacia, como nadie la ha tenido jamás, ¡ni siquiera el héroe de Macedonia.

DIMITRY MEREJKOWSKI

El Estado

¿Qué es el Estado? Según los metafísicos y los doctores en derecho, el Estado es la cosa pública: los intereses, el bien colectivo y el derecho de todos, opuesto á la acción disolvente de los intereses y de las pasiones egoístas de cada uno; es la justicia y la realización de la moral y de la virtud sobre la tierra. Por consiguiente, no hay acto más sublime, ni más grande deber para los individuos que desvelarse y sacrificarse y morir si es preciso por la prosperidad, por el triunfo y por el esplendor del Estado.

Analizando esta definición, resulta que el Estado pide el sacrificio de la libertad natural y de los intereses de cada uno, individuos ó colectividades, comparativamente pequeñas, asociaciones, municipios y provincias, á los intereses y á la libertad del gran conjunto nacional. Pero ese gran conjunto es la aglomeración de todos los individuos y colectividades, y si para coordinarlos han de menoscabarse en poco ó en mucho los individuos, ¿qué representa esa colectividad absorbente?

No es el conjunto viviente que deja respirar á cada uno á sus anchas, haciéndose tanto más fecundo, más poderoso, más libre, cuanto más ampliamente se desarrollan en su seno la libertad, la energía y la felicidad de cada uno; no es la sociedad humana que conserva y aumenta la vida del individuo por la vida de la colectividad; es, por el contrario, la limitación de cada individuo como de toda agrupación de individuos; es la acción destructiva de la sociedad viviente; la gran rémora de la vida y la completa negación del desecho inmanente é inalienable de cada una de las partes que componen el todo; el altar de la religión política, sobre el cual se inmola siempre la sociedad natural.

El Estado, hermano gemelo de la Iglesia, vive, como ella, de sacrificios humanos.

Para probar esta identidad, considérese que uno y otra están esencialmente fundados en el sacrificio de la vida y del derecho natural, y que ambos parten del mismo principio: la maldad natural de los hombres, que sólo puede ser vencida, según la Iglesia, por la gracia divina y por la muerte en Dios, y, según el Estado, por la ley y por la inmola del individuo en el altar de la Patria.

La Iglesia quiere hacer del individuo un santo; el Estado, un ciudadano; suprimiendo entre ambas tiránicas entidades el hombre natural. Tal es, en toda su realidad, la teoría idéntica de la Iglesia y del Estado.

Toda abstracción histórica supone hechos históricos, y éstos, que son de la naturaleza enteramente real y brutal, representan la violencia, la expoliación, la esclavitud, la conquista; pero el hombre no se contenta con hacer, quiere explicar y legitimar ante su propia conciencia y á los ojos de todo el mundo lo que ha hecho. La religión satisface esa necesidad; bendice los hechos consumados, y por esa bendición el hecho inicuo se convierte en derecho. La ciencia jurídica y el derecho político derivan de la teología, y luego, la metafísica, que no es más que una teología encubierta, una teología que tiene la pretensión ridícula de no ser absurda, se ha esforzado vanamente en darle el carácter de ciencia.

El Estado es una abstracción devoradora de la vida popular; mas para que una abstracción pueda nacer, desariollarse y continuar existiendo en el mundo real, es preci-

so que haya un cuerpo colectivo que esté interesado en su existencia: ésta no puede ser la gran masa popular, puesto que es su víctima; ha de ser necesariamente un cuerpo privilegiado; el cuerpo sacerdotal del Estado, lo que los clérigos son en la Iglesia.

La historia demuestra que el Estado ha sido siempre el patrimonio de una clase privilegiada, sacerdotes, nobles ó burgueses, cuando no ha estado á merced de un déspota que ha podido decir: «El Estado soy yo.»

MIGUEL BAKOUNINE

Monaquismo

Cuando los monasterios abundan en las naciones, sirven de trabas á la circulación, son establecimientos obstruyentes y centros de pereza que se constituyen donde debían estar los centros del trabajo. Las comunidades monásticas son, respecto á la gran comunidad social, lo que el muérdago es á la encina, lo que la verruga al cuerpo humano. Su gordura y su prosperidad causa el empobrecimiento del país. El convento, el antiguo convento de monjas, especialmente como existía á principios de este siglo en Italia, en Austria y en España, es una de las más sombrías concreciones de la edad media. El claustro de esa clase sirve de puerto de intercesión de los terrores. El claustro católico, propiamente dicho, está lleno de los resplandores fúnebres de la muerte.

El convento español sobre todo. En él se elevan en la obscuridad, bajo brumosas bóvedas, macizos y gigantescos altares, altos como una catedral; allí penden de cadenas inmensos crucifijos blancos; allí se destacan desnudos sobre el ébano grandes Cristos de marfil, más que ensangrentados, vertiendo sangre, sombríos y magníficos, coronados con espinas de plata, clavados con clavos de oro, con gotas de sangre de rubíes en la frente y lágrimas de diamantes en los ojos. Los diamantes y los rubíes parecen mojados, y hacen llorar en la obscuridad y allá abajo á seres cubiertos con un velo, cuyo cuerpo martiriza el cilicio, y la oración desuella las rodillas á mujeres que se creen serafines.

¿Piensan acaso estas mujeres? No. ¿Aman? No. ¿Viven? No. Sus nervios se han convertido en huesos, sus huesos en piedra. Su velo es una noche tejida. Su aliento bajo el velo parece la trágica respiración de la muerte. Tales son los monasterios de España.

El monaquismo tal como existe en España es una especie de tisis para la civilización. Para en seco la vida. Despuebla. Claustro, es lo mismo que castración. El convento ha sido el azote de la Europa.

Decir convento es lo mismo que decir pantano. Su putrefacción es evidente, su estancación es malsana, su fermentación enferma á los pueblos y los marchita; su multiplicación se convierte en plaga de Egipto.

Supersticiones, hipocresía, falsa devoción, preocupaciones, á pesar de ser larvas, quieren vivir tenazmente escondiendo sus dientes y sus uñas, y es preciso destruirlas cuerpo á cuerpo haciéndolas guerra sin tregua porque una de las fatalidades de la Humanidad consiste en vivir condenada á luchar eternamente con fantasmas.

VÍCTOR HUGO

Los salvajes de la América septentrional viven bajo las leyes de la simple naturaleza y no conocen el «tuyo» ni el «mío», que son causa de todas las desgracias. Se socorren mutuamente sin ser solicitados y lo que es de unos es comun á los otros. Por eso no tienen procesos ni querellas, ni se roba, ni tienen subordinación entre sí, y se burlan de los cristianos que, son esclavos unos de otros y no pueden vivir en sociedad sin renunciar á su libertad natural.

BARÓN DE LA FLOUTAN

De polémica

Un cura profesor del colegio de San Estanislao pegó á un niño. Lo hizo público el diario republicano y lo negó el diario conservador, apoyándose en un remitido que hicieron firmar á la madre del muchacho atropellado, una pobre viuda sin recursos y sin energía moral.

Por desgracia para los clericales, el hecho no había ocurrido en un desierto, sino en una calle habitada de una población culta. La mentira no pudo prevalecer. Los vecinos firmaron y publicaron un documento atestiguando lo que habían visto y oído.

El efecto de esta manifestación de los vecinos fué que la misma madre del niño atropellado tuvo que declarar luego que, efectivamente, el cura había pegado á su hijo; y el mismo diario conservador tuvo que confesarlo, aunque procurando presentar atenuantes y disculpas para el reverendo.

Esto es lo que sucedió. Esto es lo que puede verse en la colección del mismo *Bien Público*. — Sin embargo, este diario llama calumniador á *El Liberal* y nos llama calumniadores á nosotros, que no hemos hecho sino consignar lo que ha quedado al fin demostrado plenamente.

De todo lo cual resulta que si *El Bien Público* hubiese callado cuando *El Liberal* publicó la noticia, no se hubiera hablado de ello más que un día y sólo hubiera llegado á conocimiento de unos cuantos. — Pero, al pretender negarlo, sólo ha conseguido el diario clerical que, entre negativas, réplicas, rectificaciones y confirmaciones, se hablase toda la semana del asunto y que acabásemos todos por convencernos de que los profesores clericales son capaces, no sólo de pegar á sus alumnos, sino de inducir á las madres á que declaren contra sus hijos y de proporcionarse en la prensa, en cierta prensa, servidores que procuren ocultar la verdad.

Estos son los frutos de la intervención del diario conservador en el asunto del sacerdote que pegó á un alumno del colegio de San Estanislao.

En cambio, veamos ahora las consecuencias de las insinuaciones calumniosas de *El Bien Público* cuando supone que en nosotros las opiniones son el sofisma del interés y que las ideas son una *viña* que cultivamos.

Los que escriben *El Bien Público* hoy día son gente que desconoce el país y que aquí es desconocida.

Nosotros, por el contrario, hemos vivido aquí siempre, conocemos á todos y todos conocen nuestras personas y nuestros antecedentes hasta en los menores detalles y circunstancias. A nadie, pues, engañaríamos si nos presentásemos mejores; á nadie engañará el que quiera presentarnos peores de lo que realmente somos.

Ninguno de cuantos nos conocen, ni entre los obreros, ni entre los burgueses, ni entre los liberales, ni entre los reaccionarios, nadie puede dudar de nuestro desinterés. Nadie podrá citar un hecho que nos avergüence; nadie podrá señalar un indicio

que permita racionalmente dudar de nuestra sinceridad.

En tales circunstancias ¿qué efecto puede producir una calumnia, lanzada por quien no nos conoce, por quien no sabe de qué se trata, por quien ni siquiera obra por impulso espontáneo ni por apasionamiento, sino por unas cuantas pesetas que le dan los caciques de los partidos monárquicos?

Si á ese hombre le dijésemos que hemos trabajado durante años, en nuestro periódico y en otras partes, por amor á la verdad y á la justicia, sin cobrar nunca un céntimo, le parecería muy extraño, si añadiésemos que la defensa de nuestras ideas, además de trabajo y persecuciones, nos cuesta mucho dinero, no querría creernos; si le demostrásemos por añadidura que nuestras campañas lejos de servir de pedestal á posibles ambiciones, nos cierran el camino á todo cargo electivo y á todo medro político, le parecería una locura, porque no cabría en su imaginación que haya quienes por un bello ideal humano puedan trabajar con desinterés.

Pero lo que no comprendería ese hombre que escribe por cuenta de los caciques, lo comprende el pueblo, lo saben cuantos nos conocen, está en la conciencia de todos. ¿Se hace cargo ahora *El Bien Público* de por qué no tememos sus calumnias y por qué en lugar de evitarlas les salimos al encuentro y las provocamos?

Es precisamente el caso contrario al del cura que golpeó al muchacho. Como esto es verdad, cuanto más se hable peor para los curas. Por el contrario, lo que insinúa *El Bien Público* contra nosotros es absolutamente falso y, por consiguiente, cuanto más se hable de ello, más en claro se pondrá la vileza del calumniador.

El mismo *Bien Público*, según ya dijimos, inventó la ridícula especie de que los republicanos querían asesinar á su director. Nos hubiéramos contentado con reirnos del falso mártir si éste no nos hubiese mezclado arbitrariamente en el asunto, escribiendo que «al fin se convino en esperar á que se decidiera á matarlo el director de EL PORVENIR DEL OBRERO — porque éste lo mata, no hay que dudarle.»

En cualquier país del mundo estas palabras, escritas sin motivo ni pretexto, constituyen una provocación. Creyéndolo así, ofrecimos en el número anterior que acortáramos y allanaríamos el camino á quien quisiese llegar hasta nosotros... Y efectivamente, á los pocos días vimos al director de *El Bien Público* sentado á la puerta del casino La Unión y nos pareció que nos miraba de una manera especial, por lo que nos acercamos á preguntarle qué es lo que quería. Entonces pudimos convencernos de que el director de *El Bien Público*, lejos de ser una fiera, es una persona muy amable, que no quería nada, que no miraba á ninguna parte, que no pensaba en provocar á nadie.

Más vale así.

El martes último, con motivo, según declara, de la proximidad del casamiento del Rey, *El Bien Público* suspende las polémicas de carácter local, á las que volverá, se-

gún dice también, pasado algún tiempo, con nuevos bríos.

Si piensa volver á hablar de cuestiones sociales, bueno será que aproveche la tregua para estudiar algo, para enterarse siquiera de lo más elemental. De este modo se evitará el ridículo de hablar de *socialismo* sin saber lo que es, de combatir las ocho horas sin comprender su alcance, de lanzar indignas burlas á los obreros sin trabajo y desconocer la posición respectiva del trabajo y del capital en la sociedad presente, de prometer que demostraría que los obreros tienen la culpa de la crisis del calzado y luego no acordarse más del asunto, de hablarnos de enmiendas y correcciones que hay que hacer á la sociedad actual y no poder decir cuales sean, de no saber, por último, lo que piensan los sociólogos de las diferentes escuelas respecto á la sociedad del porvenir.

Estudiando, tal vez llegue á saber disimular su ignorancia por medio de un prudente silencio, y así, cuando menos, conseguiría no hacer reír.

Así es el mundo

Yendo una tarde por el campo me encontré con un viejecito curvado sobre la obscura tierra.

—¿Qué haces, buen hombre? — le pregunté.

—Señor, arranco patatas.

—¡Ah! ¿Y á cuánto las vendes?

—No las vendo — contestó.

—Pero ¿qué haces entonces de todas ellas?

—Como usted vé, las pongo en cuatro montones: las más hermosas, que forman el montón más grande, son para pagar la contribución al Gobierno, porque sin Gobierno no podríamos vivir nadie, y quizá á las mismas patatas les diera por no crecer.

El segundo lo doy al usurero para pagarle la renta de la tierra, las semillas y las herramientas con qué trabajo.

El tercero es para el clero, que tanto se desvive por guiarme al cielo; para el ejército, que tan limpio mantiene el honor nacional, y para la policía, que tanto vigila á fin de que los *ladrones* no me roben lo que debo dar al Gobierno, al usurero, al clero, al ejército y á la misma policía.

El cuarto, este de las patatas malas y esmirriadas, es para los cerdos.

Las patatas que los cerdos, de puro malas no quieren comer, me las como yo.

Así, caballero, paso mi vida contento, resignado y trabajando tranquilamente para el Gobierno, el amo, la iglesia, el ejército y los cerdos. ¡Dios le bendiga, señorito!

—Pero, buen hombre, ¿qué haces de los cerdos? — le pregunté aguijoneado por la curiosidad.

—¿Los cerdos, señor, los cerdos? Son para pagar los portes. Son para la Compañía del ferrocarril, á fin de que conduzca las patatas al Gobierno, al clero, á la policía y al usurero... ¡Qué le hemos de hacer! ¡Así es el mundo!

Desde esta fecha podemos ofrecer á nuestros lectores el Segundo Certamen Socialista, sin encuadernar, á 1'75 pesetas ejemplar; tomando desde cinco ejemplares á 1'50 pesetas, y el folleto de Pedro Gori Primero de Mayo á 2 pesetas el paquete de 30 ejemplares. — Pago anticipado.

La tragedia que dió origen al nihilismo

Hace cuarenta y tres años que Muravieff, el brazo derecho de Nicolás, se ocupaba en su cruel y bárbara cruzada contra los polacos, cuando un estudiante de aquella raza, que concurría á la Universidad de Dorpat, regresaba en unión de media docena de compañeros, á los que había ofrecido festejar en casa de sus padres.

Llegaron, y al entrar, un espectáculo espeluznante se presentó á su vista. La familia entera había sido asesinada, no sin que antes atropellaran brutalmente los cobardes secuaces de Muravieff, borrachos, á la madre y hermana del joven polaco.

Los estudiantes, todos rusos, se miraron atónitos de horror, mientras que el pobre huérfano tomaba asiento cerca de una mesa apoyando la cabeza en la mano izquierda y dejando caer el otro brazo á lo largo del cuerpo. Sus camaradas esperaban de él una explosión de rabia contra ellos, sus amigos, por ser Rusia su patria; pero el joven permaneció mudó, inmóvil y cubierto de una palidez mortal, las lágrimas brotaban á torrentes de sus vidriosos ojos.

Uno de los jóvenes, al notar su semblante se acercó á él, y poniéndole la mano en el hombro, le dijo:

—Stanislaus, Stanislaus, vuelve en tí; nosotros te vengaremos.

Pero el joven nada respondía. De repente cesaron de correr las lágrimas, su vista se enturbió, oyóse un lastimero quejido y Stanislaus se desplomó pesadamente en el suelo.

El terrible choque le había privado de la vida.

Impresionados sus compañeros por escena tan aterradora, se arrodillaron junto al cuerpo inanimado del joven polaco y juraron trabajar por destruir la tiranía que tan inicuamente deshonraba á su patria. Siguiéron después reuniéndose secretamente hasta que organizaron la terrible asociación.

ECOS Y COMENTARIOS

De Buenos Aires hemos recibido una hoja suelta que revela la gran indignación que allí ha producido un atentado contra una niña de diez y seis años cometido por un sacerdote.

La niña había sido llevada por sus padres á un convento de monjas para que la educaran, y abusó de ella el capellán del mismo convento, inyectándole una enfermedad venérea.

Ese cura debe haber predicado muchos sermones ensalzando la santa virtud de la castidad.

Hemos recibido una circular de la Oficina de la Federación Regional, dirigida á las Sociedades obreras que la forman, en la que los compañeros que componen dicha Oficina se muestran indignados por la conducta sin precedentes que observan las sociedades federadas, no contestando á las consultas que se les han hecho.

Se comprende muy bien que á causa de la honda crisis de trabajo por que se atraviesa en casi toda España, dejen las sociedades de satisfacer sus cotizaciones y hasta puede llegar á pensarse que algunas de ellas hayan creído conveniente separarse de dicha Federación; pero lo que no se comprende sino es por un incalificable abandono es que hayan dejado de manifestar su resolución, aunque sea lacónicamente.

De 500 sociedades que hay registradas en la Federación Regional, sólo muy pocas han contestado á las consultas que se les

han dirigido, y esto es más de sentir en las presentes circunstancias en que se hace más necesaria la unión y el cambio de impresiones á fin de trazar entre todos una orientación segura.

Urge, pues, que todas las Sociedades obreras que por dejadez ó por cualquiera otra causa han dejado de tener relación con la Oficina de la Federación Regional, la reanuden nuevamente manifestando si creen que debe celebrarse el VI Congreso, eligiendo cada sociedad el sitio que le parezca, proponiendo temas á discutir, así como el número de asociados con que cuentan, que no teman al que dirán por no haber cotizado, aunque el dinero hace falta, porque ello representa muy poco cuando la voluntad y el deseo de solidaridad son grandes.

Esperamos que las sociedades obreras que aprecian en algo su dignidad no dejarán de contestar al llamamiento.

“Vía Libre,,

Editado por un grupo de compañeros va á publicarse en Zaragoza un periódico de propaganda anarquista con el título que encabeza estas líneas.

El periódico sera quincenal y el primer número se publicará el 15 de Junio. Su precio será de 5 céntimos el ejemplar. Suscripción á 10 números, 50 céntimos. El pago para la suscripción adelantado y en sellos de correo ó por medio de EL PORVENIR DEL OBRERO, *El Productor*, *Tierra y Libertad*, *La Voz del Cantero*, *Anarquía* y *El Proletario*.

Los que quieran ser suscriptores, paqueteros ó colaboradores, díganlo antes del día diez.—Para los correspondientes, paquete de 30 ejemplares, 1 peseta.

Dirección: Administración de *Vía Libre*, calle de Agustina de Aragón, 20, 1.º.—Zaragoza.

Por el grupo editor de *Vía Libre*,—José Chueca.

También algunos compañeros de Valencia tratan de publicar un diario que llevará por título *Despertar*, escrito por obreros y para los obreros.

Se suscribe en la Casa del Pueblo, Gracia, 88, y en la Redacción, San Gil, 6, principal. Valencia.

Biblioteca “Gente Nueva,,

Los que componemos esta Biblioteca, inspirados en el deseo de que la lectura sociológica esté más extendida y al alcance de los obreros que se preocupan de los problemas sociales y de la sana ciencia, se ha impuesto la misión de cooperar á la obra de propaganda de nuestras emancipadoras doctrinas por medio de la prensa. Por lo que se dedica á la impresión de toda clase de folletos de carácter libertario, social y antirreligioso, siempre y cuando por su forma sean publicables.

Hasta la fecha esta Biblioteca lleva editados algunos folletos, entre ellos, *Enseñanza Integral*, de A. Rosell; *La Inmoralidad del Matrimonio*, de René Chaughy, traducido del francés por Lorenzo Pahissa. En prensa *Socialismo y Revolución*, de M. Pierrot, traducido del francés por Francisco Cardenal; en preparación *Bocetos Anti-religiosos y Revolucionarios*, por R. C. Mesa. En traducción del francés por el mismo compañero, *La Misión de la Mujer*, por Henri Fischer, y otros que se propone imprimir y hacer traducir, con la sola intención de ir aumentando la ya abundante lectura sana y radical con folletos nuevos.

Como que esta Biblioteca no piensa hacer comercio con los folletos ni los libros, los precios serán todo lo económicos posible. El producto de su venta será destinado á

los gastos de impresión y traducción de nuevos folletos de propaganda que se irán publicando según lo permitan nuestras fuerzas.

Los compañeros que estén conformes con los propósitos de la Biblioteca «Gente Nueva», y quieran contribuir á la obra de divulgación de los folletos que ofrece esta Biblioteca, pueden hacer los pedidos que gusten, que les serán remitidos al momento al punto donde indiquen.

Advertimos que todos los que hagan pedido tendrán treinta días de plazo para efectuar la liquidación.

Todos los pedidos al compañero José Martínez, calle Argüelles, 139, Sabadell.

PAPEL IMPRESO

LA MAJA DESNUDA, por D. Vicente Blasco Ibáñez.—La casa Sempere, de Valencia, acaba de publicar esta nueva obra del gran novelista valenciano, cuya fama como artista va creciendo legítimamente á cada nueva producción.

El anuncio de una nueva obra de Blasco Ibáñez es un acontecimiento en la literatura española. Otras veces hemos dicho ya que es lástima que pierda tiempo y energías en la política quien puede hacer tan buena labor artística.

La Maja Desnuda puede adquirirse en la Administración de este periódico, Castillo, 170, al precio de 3 pesetas.

QUÍMICA DE LA CUESTIÓN SOCIAL ó sea *Organismo científico de la Revolución*, por Teobaldo Nieva.—Esta hermosa obra, agotada hace ya algunos años, que tanto contribuyó á hacer conciencia anarquista, ha sido reimpressa, editada por la «Biblioteca Cosmopolita» de Barcelona.

La nueva edición forma dos voluminosos tomos bien impresos, que se venden al precio de una peseta el tomo.

Los pedidos pueden dirigirse á José Médico, editor, calle Regomir, 24, Barcelona, y á nuestra Administración.

LA REIVINDICACIÓN SOCIAL.—Hemos recibido algunos ejemplares de un folleto así titulado que lleva impresa al final la siguiente nota:

«Conste que el producto de este folleto, que venderán los destinatarios ó quien designen al efecto, á precios convencionales en cada localidad — es voluntad del autor que sea destinado á la suscripción de presos por cuestiones sociales, remitiendo sus importes á los diarios en que están abiertas estas suscripciones, con un título que el autor pueda ver sus remesas, y su sacrificio particular se compense con la satisfacción de aportar un algo útil al ideal.»

Cumpliremos los deseos del autor.

CANCIONES LIBERTARIAS. *Colección de himnos y cantos populares*.—Folleto editado por la «Biblioteca (económica)» de Ubeda. Precio del ejemplar, 5 céntimos. Paquete de cien ejemplares, 3 pesetas.

ENTRE CAMPESINOS, por E. Malatesta, traducción de E. Alvarez.—La Biblioteca anteriormente citada ha hecho una nueva edición del conocido trabajo de Malatesta, propósito para su difusión, pues apesar de contener 32 páginas de compacta lectura, su precio es solamente de 5 céntimos el ejemplar y 3'50 pesetas paquete de 100 ejemplares.

Los pedidos de ambos folletos pueden dirigirse á los periódicos libertarios.

CORRESPONDENCIA

Caguas.—Damos por recibidas las 5 pesetas que has enviado á Guardiola y las 4 á *El Productor*. Tienes pagado hasta el número 249.

Barcelona.—J. M.-G. Recibidos folletos. Escribiré.

Imprenta de «El Porvenir del Obrero»—Castillo 170, Mahón